

# En pro de la concertación

## Concertación o catástrofe

El gobierno ha propuesto una concertación de todos los agentes económicos como única alternativa a la adopción perentoria de medidas fulminantes.

Estamos de acuerdo en que la situación se presenta como un dilema que no admite dilación. Sin una concertación concretísima y evaluada paso a paso no queda más que la pendiente sin retorno de la hiperinflación o el trauma ruinoso de una maxidevaluación o un férreo control de cambios.

Los agentes económicos no pueden seguir pensando únicamente en sí mismos (cómo pasar agachados sin perder poder o cómo aprovechar la crisis para sacar más ganancias); deben asumir la realidad de que todos conforman un solo conjunto, y que el provecho propio depende a la larga de la viabilidad, la estabilidad y el desarrollo autosostenido del conjunto de colectivos. Esta propuesta no puede significar un llamado a defender lo propio con más realismo, aceptando el hecho de la interdependencia. Sólo tendrá éxito si se comprende como una verdadera solidaridad que busca expresamente «mi provecho y tu provecho» (como se titulaba programáticamente una bodeguita de barrio).

## Así nos hundimos

La concertación es imprescindible y urgente porque, como vamos, se hunde el país, es decir, nos hundimos todos. Resulta sarcástico que después del shock de 1989, encaminado, se dijo, a poner fin al proteccionismo y al rentismo y a dejar que la economía discorra por sus propias reglas (es decir,

las del mercado) todo haya acabado en el proteccionismo mayor que haya conocido nuestra democracia y en el rentismo más absoluto. Proteccionismo a la banca. Proteccionismo prácticamente impuesto al Estado y no protestado por nadie. Proteccionismo tan intenso que llega a la estatización (38% de la banca en manos del Estado). Una estatización provisional como modo de cargar con las pérdidas para privatizar de nuevo cuando todo esté saneado. Y rentismo, no ya público, sino privado. Rentismo impuesto, no ya por el gobierno, sino por un BCV «independiente». En efecto, casi el único negocio que sigue siendo rentable en Venezuela (tan rentable que a él acuden inversionistas extranjeros) son los bonos cero cupón o la deuda pública, o hasta (ayer) las mesas de dinero. La ortodoxia económica lanza la seña a los que tienen mucho dinero (que son los únicos que pueden participar en estos negocios) de que no inviertan en actividades productivas, tan riesgosas por la incertidumbre o probablemente inflacionarias: al país le conviene represar de ese modo el circulante. Y, en efecto, a eso se dedican los que pueden: a vivir de rentas.

Lo absoluto para el BCV son las altas tasas de interés. A ellas se sacrifica la actividad productiva sana y la vida del pueblo. Ellas matan no sólo la actividad parasitaria, que había ciertamente que podar, o la rezagada, que había que redimensionar, sino la sana, porque no es sana una actividad productiva con una tasa de ganancia mayor que estas altísimas tasas de interés. Sólo sobreviven las actividades cartelizadas.

Pero para mantener este esquema no sólo se mata la actividad productiva del país, impidiendo la reconversión de las empresas, tan necesaria como deseada por los mejores, sino que se crea incesantemente dinero inorgánico que nos llevará a la ruina. ¿De dónde saca, en efecto, el BCV tantos miles de millones de bolívares como oferta, si están entrando la mitad de dólares que hace tres años y está en recesión la actividad económica interna? ¿Cómo, si no, podrá pagar el Estado los cuatrocientos mil millones de FOGADE? Todo se ha ido en evitar que se fuguen los dólares (es un dogma que no puede haber control de cambios) y en auxiliar a la banca. Esto es lo que no podía esperar, lo querido absolutamente. Lo demás se quedó en retórica o en buenas intenciones.

Lo demás, lo que no se quiere (aunque se desearía, pero tendrá que esperar) es la administración de justicia, la educación y la salud populares. No se quieren: los sueldos son el índice más exacto de la valoración real. Y con los sueldos de los jueces, de los educadores y del personal médico nunca tendremos justicia, ni educación ni salud. Es mentira que no hay dinero porque sí lo hubo (y a mares) para la banca. Y no sólo no hay dinero para sueldos; tampoco hay voluntad: los partidos no quieren sanear la educación y la salud porque viven de ellas. Ellas son el saco roto del que viven sus militantes, agavillados en gremios. En este sentido literal los partidos son una mafia: una asociación

para delinquir, porque eso es vivir de los dineros del Estado sin trabajar.

Así se está hundiendo el país. No sólo el 80% de pobres sino el país como tal. Por eso hay necesidad de concertación, de que todos veamos el conjunto y de que todos nos veamos en él, ligados a su suerte. La concertación no significa dejar de lado el propio interés sino buscar cómo él se concierta con el de los demás sectores, de modo que estemos dispuestos a cargar con sacrificios concretos para lograr hoy una estabilidad real y a largo plazo ganancias para cada sector.

### **Dificultad de concertar**

Sin embargo no es fácil que concierten el sector financiero, el BCV, las cámaras legislativas, la CTV, el sector productivo y el ejecutivo. En primer lugar, porque hay intereses muy fuertes de por medio; en segundo lugar, porque se trata de administrar una crisis, se trata, pues, más de aportar que de repartir; y, en tercer lugar, porque estos sectores son precisamente los que, presionando, imponiendo su poder, nos han llevado donde estamos. El sector financiero y el BCV (dependiente de él, como antes lo estuvo del ejecutivo) son los que han impuesto respectivamente sus intereses y su esquema. El ejecutivo y las cámaras al no apoyarse en el pueblo, sólo han representado sus propios intereses y así han cedido a cambio de resguardarlos. La CTV carece absolutamente de representatividad y de legitimidad y por eso se equipara al rol de los partidos. Hay sectores productivos que no lo son y quieren ahorrarse el esfuerzo de la riesgosa transformación negociando rentabilidades al margen de la productividad. El ejecutivo actual, por su parte, carece de piso político sólido, aunque puede alegar a su favor una cierta desimplificación en la macolla. Con estos antecedentes, la concertación ¿puede ser algo más que un juego de presiones entre poderes fácticos para repartirse cuotas de poder y sacrificio y sobre todo para volcarlos en quienes no están representados en esa mesa?

### **Posibilidad de concertar**

Creemos que sí es posible. Ningún sector es el demonio, ni como sector ni como personas. Hay banqueros que desean que el sector regrese a su papel de intermediación financiera y que entiendan su bien ligado al de los sectores productivos sin intentar sustituirlos ni supeditarlos y que en esa actividad quieren crecer en profesionalismo y competitividad. Hay economistas que comprenden que el asunto no es aplicar fórmulas, calga quien calga, sino asumir los objetivos del país real y poner sus conocimientos en ayudar a conseguirlos con congruencia. Hay políticos que comprenden el abismo de representatividad en que yacen y que están interesados en refundarse convalidándose por una práctica de auténtica representatividad y conducción. Hay muchos trabajadores y profesionales que sufren la carencia de gremios que los representen y están dispuestos a hacerse cargo de esta tarea, si hay posibilidades. Hay productores que aceptan el reto de ofertar bienes y servicios con calidad y productividad desde la empresa entendida como mancomunidad. Sí hay gente. Y está además la presión de la realidad. Y por eso la posibilidad de hacer virtud de la necesidad.

Pero la condición es el reconocimiento de los requerimientos de la realidad (para no seguir violentándola) y la disposición a aceptar los indispensables sacrificios para rectificar y perder y sobre todo para pensar creativamente y buscar cada quien por su parte y entre todos esquemas más estables, dinámicos y solidarios.

### **Solidaridad y creatividad**

Hay aquí entrañados esfuerzos teóricos, técnicos, gerenciales y políticos. Pero ellos quedarán absolutamente allcortos si en la mesa de negociaciones no está presente ese 80% de venezolanos a los que en realidad en verdad ninguno de los negociadores representa. Si ellos no son capaces de ir más allá de los intereses de las partes presentes, si no son capaces de trascender a las grandes mayorías, la negociación será intrascendente. En este sentido entendemos y respaldamos el señalamiento del jefe de CORDIPLAN de que las partes «cambien las expectativas, deteniéndose el deterioro del salario real».

Desde su Encíclica Centesimus Annus (1991) el Papa no ha cesado de insistir en que la solidaridad no es sólo el único modo de superar la alienación y reconstituir la genuina humanidad en los que discriminan sino que esa voluntad, al trascender el propio mundo y abarcar a la realidad completa, es capaz de generar enormes energías que se traducirán también en oportunidades económicas sostenidas, en una dirección económica mucho más sana, que, como decía el de la bodeguita, abarque mi provecho y tu provecho. Aún es tiempo en Venezuela para esa concertación. Pero no queda mucho tiempo.